

## Resumen

El trabajo presenta y se organiza sobre tres de los desplazamientos que horadan las culturas juveniles actuales: el de la educación a la formación, el paso de la escuela y el libro hacia las pantallas, y la consecuente y necesaria reconfiguración de la idea de alumno hacia la de sujeto entendido en sus múltiples dimensiones. Entonces, desde las mediaciones de socialidad, ritualidad y tecnicidad, se reflexionará brevemente sobre las prácticas que con y desde los dispositivos de telefonía celular configuran e instalan a los jóvenes en sus relaciones cotidianas, configurando su experiencia. Esto, necesariamente supone un desafío para las instituciones educativas.

Palabras clave: pantallas, formación, jóvenes mediáticos.

Dos procesos están transformando radicalmente  
el lugar de la cultura en nuestras sociedades:  
la revitalización de las identidades y la revolución de las tecnicidades (1)

## De la educación a la formación

Siempre ha sido controvertida, compleja y paradójica la relación entre la cultura de la comunidad que se impone en los procesos de socialización y el propósito educativo de favorecer en los individuos el crecimiento y desarrollo de su identidad personal y su independencia intelectual. “La cultura compleja y plural restrictiva y uniformadora que ha construido cada comunidad humana a lo largo de su particular experiencia histórica se constituye tanto en recurso como en contexto de adaptación para los individuos que la habitan, es tanto trampolín indispensable para la configuración humana de la existencia individual como una atmósfera omnipresente que presiona en un sentido determinado la formación de ideas, capacidades, valores, sensibilidades y comportamientos” (2), señala Pérez Gómez.

En este sentido, existen dos modos principales de entender la relación entre cultura y escuela: el primero, que ha imperado en la educación formal, vinculado a posiciones de tipo esencialistas y dual respecto de la cultura; y el segundo, relacionado con modos de entender a los procesos culturales desde sus dinámicas propias.

La posición etnocéntrica y binaria, derivada de la propuesta ilustrada de extensión del conocimiento y la razón como elementos sustanciales para el desarrollo y organización de comunidades, supone una línea ascendente de progreso y perfección, que formarían estadios consecutivos de una progresiva marcha triunfal hacia horizontes predeterminados únicos y universales, e implican la exclusión de lo ajeno. Mientras se producían en las metrópolis las transformaciones del pensamiento teórico especulativo conocidas bajo los nombres de la Ilustración o el Iluminismo, en las colonias reunidas estructuralmente por procesos históricos similares, se iniciaba el tramado de un discurso dialógico caracterizado por la aceptación de la voz y la mirada de los vencedores. En este marco, la escuela moderna puso énfasis en la difusión de la razón y el conocimiento racional para la construcción de un nuevo orden social a partir del libro (en contraposición con una sociedad medieval basado en el orden divino), con lugares claros y definidos del saber y del no saber, y se constituyó como el dispositivo fundamental de la modernidad europeizante, ligada al capitalismo, la industrialización y el Iluminismo. En otras palabras, estos procesos de enculturación apoyados en el dualismo en la caracterización de la cultura letrada y la popular fue el mecanismo por el cual se soslayaron las “otras ideas” (3). Podemos decir, entonces, que la escuela se constituyó como el lugar privilegiado de la socialización a *la manera civilizada*, para la construcción de un Estado nacional.

En cambio, la posición relativista, da cuenta de la pluralidad y multiplicidad de culturas que conviven en las sociedades contemporáneas. Resulta difícil pensar en términos de educación referida a los medios de comunicación desde la estrechez del dualismo. Si consideramos que las distinciones entre colecciones cultas, populares y masivas, las separaciones territoriales y/o nacionales, ya no presentan límites tan claros, y que los grupos culturales, étnicos, sexuales, o de consumo atraviesan las fronteras mediante las redes de comunicación, estableciendo difusos territorios simbólicos, es posible pensar que la cultura, sobre todo en la vida contemporáneas, debe considerarse en términos plurales. La cultura escolar, desde esta misma perspectiva, sería

este “intercambio de significados” particular que estructura la institución escolar. Aunque generalmente se señala que la “escuela transmite cultura”, casi nunca se enuncia que la “escuela produce cultura”. Claro que, como toda forma cultural, esta producción constituye una cultura singular, con sus códigos, categorías, lenguaje, representaciones, etc.

En este línea, resulta un aporte pensar en la noción de formación, como “forma de organización y autoorganización a la vez, ligada a la producción cultural, que si bien está articulada con la institución, no está determinada por ella” (4). Jorge Huergo, igualmente, recuerda que las pantallas (que remiten a otros textos en y fuera de ellas) nos interpelan, lo que configura “identificaciones o reconocimientos subjetivos”, con una dimensión claramente formativa.

### Del libro y la escuela a las pantallas

En cuanto al escenario cultural, y entendiendo a la cultura como trama de significados, nos desplazamos hacia una concepción originada en los flujos y las relaciones, en la cual la tecnología infocomunicacional entra a ser un factor relevante, por el peso de su propia dinámica y por las modificaciones que a partir de ella se operan en otros ámbitos de lo cotidiano. La gran cantidad de mensajes y bienes que circulan, de esta manera, se articulan y constituyen el sentido de pertenencia e identidad, reorganizándolos por fuera de las tradicionales fronteras institucionales, económicas, de clase, de espacio y de territorios geográficos. Como sostiene la visión relativista de la cultura, se trata de intersecciones que tienen en su centro la propia experiencia vivida, pero ahora, tensada por un horizonte transterritorial y multitemporal de sentidos en el cual las instancias se agregan y suman, las identidades se redefinen pero no se excluyen, involucrando conflictos y ambigüedades.

El nuevo escenario hacer prever que las pantallas (en especial las portátiles), los sujetos mediáticos y la educación se ensancharán “geométrica, aunque diferencialmente en los próximos años, en tanto que cada uno de estos ámbitos seguirán experimentando transformaciones sustantivas en sí mismos y en su interdependencia mutua” (5).

“Quizás, la actual crisis de la lectura entre los jóvenes tenga mucho menos que ver con la seducción que ejercen las nuevas tecnologías y más con la profunda reorganización que atraviesa el mundo de las escrituras y los relatos y la consiguiente transformación de los modos de leer, es decir, con el desconcierto que entre los más jóvenes produce la obstinación en seguir pensando en la lectura únicamente como modo de relación con el libro y no con la pluralidad y heterogeneidad de textos y escrituras que hoy circulan” (6). Esto hace necesario pensar las mediaciones de estas tecnologías desde una *razón comunicacional* fragmentada que disloca y descentra; el flujo que globaliza y comprime; y la conexión que desmaterializa e hibrida (7).

Pensar nuestras culturas cotidianas como culturas plurales, híbridas, producto de cruces heterogéneos, con múltiples temporalidades, es un requisito de la escuela de hoy. Si la característica de muchas instituciones centenarias es el establecimiento de ciertos valores y concepciones estructurales que perduran a lo largo del tiempo, es justamente esta rigidez y lentitud la que mayormente amenaza a la escuela. Esto nos llevaría también a pensar dónde o cómo ponemos límites entre un afuera y un adentro, y, fundamentalmente, cómo entendemos a los sujetos y prácticas que conforman la escuela. Jorge Huergo y Belén Fernández proponen respecto de la relación comunicación/educación que “antes que cómo usar los medios y las nuevas tecnologías (y cuáles usar), necesitamos comprender los sentidos del desorden cultural, de la cultura mediática, de los procesos de comunicación en la trama de la cultura y de los desarreglos que provocan en la educación escolar” (8).

### El nuevo escenario

Mientras que en las sociedades premodernas predominaba un universo simbólico relativamente unitario, estos intercambios se han ido incrementando desde la modernidad. Si bien siempre existió entre los formadores la sospecha frente a las nuevas propuestas de comunicación (9), desde la aparición de la televisión, “en la que confluyen, de manera desordenada pero contundente, lo político, lo económico, lo tecnológico, por una parte, y lo educativo, lo estético y lo cultural, por otra” (10), hasta llegar a las sociedades de la información y el conocimiento, en las que la complejización de la presencia e intercambios con los Otros se ve extendida, esto resulta más evidente ya que confronta directamente con los tiempos y centralidad del saber que propone la escuela moderna.

Actualmente, se entiende que las lógicas de los medios y dispositivos de comunicación se amplían y extienden por sobre la vida cotidiana, configurando unas culturas mediáticas que establecen nuevos modos “en el diseño de las interacciones, una nueva forma de estructuración de las prácticas sociales” y las nuevas tecnologías en su capacidad articuladora, como matrices donde se tejen modos de interacción con formas expresivas, lógicas de producción con estrategias de recepción. Más aun: ya que la experiencia cultural se constituye en la intersección y mediaciones de ofertas y expectativas, en una reconfiguración de lo discursivo y de lo visible, de la inteligibilidad y la sensibilidad heterogéneas, hemos pluralizado la noción. Entonces, se pasa a reconocer la centralidad mediática como marca desde la cual los procesos de producción, circulación y consumo de las

significaciones sociales (la cultura), deben ser entendidos. Por tanto, se instaura como un campo de lucha por el significado. Esta situación no implica la desaparición de aquello que institucionaliza la escuela, pero sí desmonta la pretensión de la cultura letrada de ser la única cultura, porque está conviviendo con “saberes-sin-lugar- propio, sino porque incluso los saberes que se enseñan en ella se hallan atravesados por saberes del entorno tecnocomunicativo, regidos por otras modalidades y ritmos de aprendizaje” (11). A su vez, esta nueva figura de la razón nos exige pensar en la nueva configuración socio-técnica de la imagen. Entonces, sería extemporáneo sostener algunas de las prácticas pedagógicas que ponen por fuera de los procesos formativos al contenido y forma que circula por los medios masivos, ya que las configuraciones de sentido mediáticas están configurando a los actores que se mueven y encuentran en la escuela: alumnos o docentes, quienes habitamos las ciudades contemporáneas estamos atravesados y configurados por la centralidad de los medios masivos. Si pensamos que la cultura escolar constituye una constelación densa de significados, también es necesario reconocer dentro de ella una diversidad de subculturas, incluidos los significados que se construyen a partir de las mediaciones extraescolares y que configuran a sus actores. Como señalamos, algunos datos señalan que son más las horas que los niños pasan frente a las pantallas que en la escuela.

Para cuantificar este fenómeno: según la Unión Internacional de Comunicaciones, a fines de 2009 había 4.600 millones en todo el mundo y se prevé que el número de abonos móviles celulares en el mundo alcance los 5 000 millones, para el corriente año (12). Entre las razones del crecimiento, la UIT señala el auge de esta tecnología y la aparición de equipos cada vez más avanzados, en los países desarrollados y las “ventajas económicas y sociales de algunas aplicaciones como los servicios bancarios y de salud” para los países “emergentes”. Este aumento también se ve a nivel nacional: desde 6.380.897 equipos (en el año 2000) se ascendió hasta 50.415.000 unidades en febrero de 2010, con una teledensidad o cobertura de 121% sobre la población general. También da cuenta de esta nueva realidad la cantidad de llamadas realizadas a través de estos durante ese mismo mes, que superó las 4.377 millones, y los 5.590 millones de SMS enviados (13).

En la misma dirección, un estudio de una universidad privada señalaba que “Un argentino medio mira 1500 horas de TV y escucha 1300 horas de radio por año. Además, invierte 150 horas frente a las pantallas, sean éstas computadoras o dispositivos de telefonía celular. En igual período, una persona destina 150 horas al año a la lectura de diarios, y 100 a las revistas”. Además, aclara que los jóvenes pasan 900 horas al año, en promedio, frente a las pantallas. “En el país, los chicos de 11 a 17 años pasan seis horas diarias en contacto con varios medios. En el segmento ABC1, llegan a las siete horas y media. El 80% del público juvenil usa la computadora en forma regular”. En Argentina, el 91% de los llamados “nativos digitales”, usa Internet para vincularse con amigos y el 99% de los adolescentes está prendido al MSN Messenger. De acuerdo con otro informe sobre ese sector, que aparece referenciado, “los menores de 22 años que ingresaron en el mercado laboral invirtieron un promedio de 5000 horas de su vida jugando con la PlayStation; 10.000 horas, con los teléfonos celulares; intercambiaron 250.000 correos electrónicos y navegaron una media de 35.000 horas en Internet” (14).

Por otra parte, los últimos datos oficiales disponibles sobre educación en nuestro país, indican los siguientes porcentajes de niños y jóvenes que asisten a algún establecimiento educativo: 6 a 11 años, 98,2%; en el grupo de 12 a 14 años, 95,2%; entre los 15 y los 17 años, disminuye a 80,2%; de los jóvenes de 18 a 21 años, sólo 45,9% continúa formándose y, por último, para la población de 22 a 24 años, se reduce a 27,9% (15).

Como señalamos, en el contexto de cambio actual, resulta imprescindible una redefinición de las instituciones modernas que resalte la importancia del análisis de la formación de los sujetos en el marco de la cultura, como construcción de sentidos, incluidos aquellos de las culturas mediáticas, en tanto se configuran en espacios de confrontación, lucha y hegemonía, situando la problemática en el campo de la comunicación.

### Del alumno a los sujetos mediáticos

Señala Jorge González: “el universo abierto que podíamos imaginar en la lectura de libros, se comenzó a estandarizar por medio de las pantallas. Sin lugar a dudas, la composición de la vida colectiva, y en especial las transformaciones que nos hacíamos de ella, se comenzaron a transformar” (16). De esta manera, si la escuela pretendía interpelar a los sujetos desde una sola de sus dimensiones identitarias, en tanto “alumnos” (17), hoy resulta evidente que son sujetos múltiples. Además, al transformarse los vínculos familiares y la propiedad de los medios (ahora personales y portátiles), lo que permite “trasladar los signos de distinción a las interacciones públicas o entre amigos; el equipamiento individual se vuelve un recurso de acceso personalizado a la información y el entretenimiento, y un marcador de clase que cada uno lleva consigo a múltiples escenarios” (18). Por esto, García Canclini señala que “la comunicación digital, sobre todo la de carácter móvil en los celulares, proporciona simultáneamente interactividad interna y deslocalización. El carácter multimodal de la comunicación inalámbrica modifica las formas antes separadas de consumo e interactividad al combinarlas en un mismo aparato”. La relación con los bienes culturales y comunicacionales constituye una de las diferencias entre lectores y espectadores.

Las tecnologías, entonces, “ya no pueden ser pensadas como meras mediaciones (en el sentido atribuido a los medios de comunicación de masas). Las TIC efectivamente construyen y reconstruyen nuevas formas, espacios y tiempos de relación social, nuevas formas institucionales, nuevas categorías de aprehensión de la experiencia personal y social, nuevas dimensiones de la cultura” (19). Nos encontramos frente a una encrucijada: “o la escuela y las políticas del fomento posibilitan un aprendizaje integral de los modos de leer y escribir en la sociedad de la información o estarán siendo responsables de que la exclusión social, cultural y laboral, crezca y se profundice” (20).

En tanto, la problemática de la identidad puede ser abordada como diferencia y, simultáneamente, coincidencia consigo misma; en palabras de Gilberto Giménez, una “continuidad (de sus límites) en el cambio”. Como distinguibilidad, representa el lado subjetivo de la cultura que permite una función distintiva, elemento cultural internalizado o como representaciones sociales, simultáneamente “estables y móviles, rígidas y elásticas”, de actores sociales individuales o colectivos, en contextos históricos y sociales singulares. En otras palabras, podemos distinguir formas interiorizadas (simbólicas, estructuras mentales interiorizadas) y formas objetivadas (símbolos objetivados bajo la forma de prácticas, rituales y objetos cotidianos, religiosos, artísticos, etc.) de la cultura: “la cultura realmente existente y operante es la cultura que pasa por las experiencias sociales y los ‘mundos de vida’ de los actores en interacción”, señala Giménez (21).

Es decir que la identidad personal es dialógica, fundamentalmente, por dos cuestiones: primero, porque en ella intervienen la auto y la heterocomprensión (complementándose y oponiéndose) y, segundo, porque en ella se anudan unidad y pluralidad. En palabras de Rossana Reguillo, la identidad es un concepto “relacional, que supone simultáneamente un proceso de identificación y un proceso de diferenciación, lo que implica necesariamente una tarea de construcción, la identidad se construye en interacción (desnivelada) con los otros, los iguales y los diferentes” (22).

Es desde las conceptualizaciones anteriores acerca de la identidad y los cambios en la Alteridad, a partir de la irrupción de nuevos y múltiples discursos que acercan al Otro, en que debemos reflexionar sobre la articulación entre los dispositivos móviles pero que, fundamentalmente, operan en la dimensión de la significación, percepción, representaciones e imaginarios sociales, lo que configura nuevas tensiones en la producción simbólica y cultural en la escuela. Para ello, retomaremos tres mediaciones, ritualidad, socialidad y tecnicidad, que propone Jesús Martín Barbero para pensar los fenómenos culturales (23).

La mediación de la ritualidad se vincula con el nexo simbólico que sostiene toda comunicación: es la forma que implica ciertas regularidades y rutinas, repeticiones y operabilidades en los intercambios, en los escenarios, en las socialidades; de manera tal que nos permite visualizarlas, ya que expresa su sentido y su significación. Sin embargo, para comprender esta potencialidad, fue necesario redescubrir la sedimentación que existe en las prácticas. Asimismo, entendemos que la comprensión cabal de ella se vincula con el distanciamiento de otras ritualidades, como la que pretendía instalar la escuela a partir de la centralidad del libro.

En la misma línea, la ritualidad podría visualizarse desde la regularidad y la rutina de registrar instantes que, antes de la aparición de los celulares, fáciles de acarrear y manipular, hubieran quedado sin ser plasmados, y, además, la gran circulación e intercambio que estos tienen (al menos potencialmente) a partir de “subirlos” a un blog, compartirlos a través de bluetooth, etcétera. En este sentido, estas pantallitas establecen nuevos ritos que, con sus nuevos sentidos y significaciones, transforman las rutinas y las energías del orden establecido en la modernidad a través de la escuela, entre otras instituciones. Asimismo, en tanto los sistemas simbólicos y tecnológicos configuran códigos culturales singulares, la mediación narrativa que instala el teléfono celular, constituye la medida y marca de la relación entre la cultura y el sentido del tiempo que instituye su uso. Con códigos diferentes, el juego entre la sensación de un tiempo ilimitado y atemporal aproxima las prácticas asociadas a estos dispositivos a la función de los mitos y rituales, por su capacidad para traer el pasado hacia el presente, fundamentalmente a partir de la posibilidad icónica que ofrecen sus pantallitas multicolores.

Con el nombre de socialidad se denomina lo que en la sociedad excede el orden de la razón institucional para situarse en la trama de las relaciones cotidianas, señala Martín Barbero. No es sólo el espacio de las dominaciones de las estructuras de poder, sino también lugar de praxis y emergencia de los movimientos que desplazan y recomponen aquello que se define como conflicto social y de constitución de las identidades de los distintos actores. Conocer esos modos y sentidos que establecen los jóvenes a partir de la utilización de los teléfonos móviles, la capacidad de enviar y recibir SMS e imágenes y videos, es comprender cómo se crean y recrean las relaciones culturales contemporáneas.

La comunicación a través de teléfonos celulares y la circulación de mensajes verbales y no verbales con sus propios códigos lingüísticos y paralingüísticos, las esferas sociales de su uso, los modos en que los aparatos señalan la recepción de estos con la variedad de sonidos y temas musicales con los cuales uno muchas veces no sabe de qué se trata y hace que algunos sujetos entiendan esta clave de significación y que otros queden al margen de ella, reactualizando el conflicto social en algunos actores al señalar una distinción simbólica de uso y apropiación entre aquellos que conocen estos códigos y los que los desconocen. La trama en la cual se instalaban y configuraban los sujetos en tanto un orden perteneciente a lo público (que aunaba y nucleaba

consensos) y uno a lo privado (referido a la esfera de la vida individual), se ve modificada por el advenimiento de estas otras lógicas de relación que se superponen a tal distinción. Simultáneamente, la telefonía móvil, nos ofrecería la posibilidad de contar con un tiempo ilimitado, explotable y aprovechable al máximo al romper los límites entre el tiempo de ocio y de trabajo establecidos por el reloj desde la modernidad, perturbando la noción de secuencia y progreso lineal que se consolidaban. Esta simultaneidad en que se erige la potencialidad del continuo temporal es uno de los pilares de su atractivo.

Además, y como señala Orozco Gómez, la deslocalización más importante que generan se vincula a la autoridad. Estas tecnologías cuestionan el poder al quebrar "la distinción tradicional entre los profesionales de la comunicación y los no profesionales", hecho también trasladable con quién o qué tiene el saber (los maestros, la escuela, el libro) y sus nuevas formas de producción, circulación, e interactividad. "La moderna tecnología de la comunicación alimenta la creatividad popular, al mismo tiempo que descentraliza la autoridad", agrega Llul (24).

Los jóvenes, con sus necesidades de comunicación, pertenencia, personalización y privacidad encuentran en el teléfono celular los dispositivos perfectos para satisfacer sus ansias de ruptura con este orden público (jerarquizado, reglado, lineal, "objetivo" y exterior, entre otras características), que pretende imponer la mayoría de las instituciones modernas como la escuela. La movilidad y desplazamientos constantes que son facilitados por el dispositivo, en conjunción con la multiplicidad de acciones simultáneas, plantean una reformulación de toda la experiencia cotidiana personal.

Finalmente, la tecnicidad es entendida en cuanto operador u organizador perceptivo y no sólo "un asunto de aparatos", ya que constituye una parte fundamental del diseño de nuevas prácticas. Por otra parte, como se dijo anteriormente, si se considera a la técnica como algo exterior o ajeno a una auténtica comunicación, implica desconocer la materialidad histórica de las mediaciones que ella instituye, que articulan potencialmente, las nuevas formas de socialidad. Los teléfonos celulares de última generación son manejados con una habilidad asombrosa por estos jóvenes que nacieron con un entrenamiento de su dedo pulgar (capaz de alcanzar una destreza insospechada por otros grupos etéreos), configurados más que como receptores o espectadores, en tanto emisores y productores. Además, "como audiencias, estamos aun 'al filo de las pantallas' (...) pero al mismo tiempo apropiándonos de sus potenciales técnicos, lingüísticos, estéticos y expresivos de manera más asertiva" (25).

En las relaciones entre socialidad, ritualidad y tecnicidad en torno a las comunicaciones móviles, implicadas con la subjetividad, se configuran las identidades de los sujetos, y por ende, son parte de su formación, aunque la escuela, mayoritariamente, pretenda seguir negándolas.

Reflexiones de cierre: la formación y las nuevas pantallas

Los jóvenes, además de ser interpelados y, por ende, formados por la escuela, también están siendo interpelados –y formados– desde otro lugar por el sistema económico, el crecimiento de la oferta de productos culturales producidos con parámetros esencialmente redituables y difundidos gracias a los avances tecnológicos, que están participando en sus experiencias, aprendizajes y representaciones. En este sentido, estos productos están reconfigurando qué implica ser joven, desde una etapa de transición en la cual el sujeto debía prepararse para el futuro, hacia otra concepción en la que la idea de "tiempo de espera" ha cedido frente a la impronta de un tiempo que está siendo vivido como presente y donde la lógica de "ser-contándose" está hecha según las reglas de los dispositivos de comunicación e información tecnológicos.

Del mismo modo, estas nuevas tecnologías apropiadas rápidamente por los grupos de jóvenes urbanos están interpelando al resto de los grupos sociales, la Alteridad, con códigos y lenguajes diferentes, cuestionando el orden e instalando nuevas subjetividades y socialidades; tal vez, podríamos pensar, más icónicas y menos argumentativas. La presencia central de estas pantallas, en tanto dispositivos que están modificando los modos de percibir y construir la realidad, debe ser considerada un factor clave para comprender los modos en que los actores están procesando sus miradas sobre el mundo, sus lugares en el seno social, sus relaciones, sus modos de conocer lo que los rodea y su idea acerca del pasado, presente y futuro.

La mediatización de la cultura indica el proceso de transformación en la producción de significados que afecta de forma diferente los distintos sectores de nuestra sociedad. Al respecto, el análisis de la utilización de estas pantallas y de estos teléfonos permite revelar posiciones de poder y una compleja trama de prácticas, representaciones y saberes. Esta conceptualización supone su consideración como lugar a través de los cuales se disputan una serie de *mediaciones*: culturales, políticas, institucionales, tecnológicas, entre otras. Y en tal sentido, constituye la posibilidad de entender a la *comunicación* como "un lugar estratégico desde el cual pensar la sociedad", tal como lo propone Jesús Martín-Barbero (26).

Por último, parafraseando al mismo autor, "lo que se completa en su valiente crítica a la tenaz barrera que alzan los docentes entre escritura e imagen, con la que disfrazan su doble incapacidad, la del desciframiento de las nuevas sensibilidades y la de potenciación de lo que, en los dispositivos tecnológicos, hay de nuevos lenguajes y posibilidades de experimentación cognitiva y

estética, en últimas, de creatividad social” (27).

## Notas

- (1) MARTÍN-BARBERO: “Técnicidades, identidades, alteridades: desubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo”, en DE MORAES, p. 72.
- (2) PÉREZ GÓMEZ: “Prólogo El valor de la educación en el diálogo cultural, el legado de Lawrence Stenhouse”, en STENHOUSE.
- (3) Por un lado, la cultura letrada, entendida a partir de un saber único y lógico, escritural, con uniformidad “racional” de costumbres, una nueva forma de entender al poder - hombres letrados que endiosan la razón para producir, una fuerte organización jerárquica caracterizada por la competencia, lógica masculina en el saber, principalmente en mano de nobles y burgueses. Del otro lado, la cultura popular aparece ligada al medioevo, con multiplicidad de lógicas provenientes de saberes particulares y territoriales de tradiciones locales, transmitidos oralmente, la falta de jerarquías y lógica en los conocimientos de las brujas, la seducción femenina como arma del saber y vinculada a sectores populares. MARTÍN-BARBERO, J.: *De los medios a las mediaciones*.
- (4) HUERGO, J.: “La relevancia formativa de las pantallas”, *Revista Comunicar* N° 30, p.74.
- (5) OROZCO GÓMEZ, G.: *Televisión, audiencias y educación*. p. 111
- (6) MARTÍN-BARBERO, J.: “Estallido de los relatos y pluralización de las lecturas”, en *Revista Comunicar* N° 30, p. 18. Manuel Castells retoma tres motivos por los cuales los jóvenes españoles abandonan la escuela: la calidad y dedicación de docentes, la atención de los padres a la educación de sus hijos y, el central para él, el desfase cultural y tecnológico entre los jóvenes de hoy y un sistema escolar que no ha evolucionado con la sociedad y con el entorno digital. Y agrega: “Jóvenes que acceden a toda la información por Internet, que construyen sus redes autónomas en torno a los móviles, que chatean y navegan, que se forman jugando y se informan comunicando, simplemente no soportan la disciplina arbitraria de unas clases anticuadas con enseñantes desbordados a quienes nadie les prepara para la nueva pedagogía”. CASTELLS, M.: “Estudiar ¿para qué?”, *La Vanguardia*, España, 24 de noviembre de 2007. Disponible online.
- (7) MARTÍN-BARBERO, J.: *De los medios a la Mediaciones*, p. XIII.
- (8) HUERGO J. y FERNÁNDEZ, M. B., p. 78.
- (9) Víctor Mercante, el fundador de la primera Facultad de Ciencias de la Educación, en la Universidad Nacional de La Plata, se preguntaba en 1927: “¿Quién abre un libro de Historia, de Química o de Física, a no ser un adulto, después de una visión de *Los piratas del mar*, o *Lidia Gilmore*, de la Paramount?”. La misma consideración hacía Juan Jáuregui, inspector yrigoyenista, quien en 1929 recomendaba a los chicos: “Cuando volváis de la gran escuela, destinad menos tiempo al fútbol, al cinematógrafo, a los varios juegos que tanto os entretienen, y algo más al estudio y a la lectura”. En CARUSO, M. y DUSSEL, I.: *De Sarmiento a los Simpsons*, p. 26.
- (10) OROZCO GÓMEZ, G.: *Televisión, Audiencia y Educación*, p. 13.
- (11) MARTÍN-BARBERO, J.: “La educación desde la comunicación”. Guillermo Orozco también sostiene esta postura: “Si antes las mediaciones institucionales propias de las diversas instituciones sociales a las que las audiencias pertenecían eran muy importantes en la definición y orientación de las producciones de sentido, como la escuela o el Estado, por ejemplo, ahora esas instituciones típicas de la Modernidad y del siglo pasado han perdido fuerza”. OROZCO GÓMEZ, G.: “Comunicación social y cambio tecnológico: un escenario de múltiples desordenamientos”, en DE MORAES, p. 107.
- (12) Datos de la Unión Internacional de Telecomunicaciones. En línea: [http://www.itu.int/newsroom/press\\_releases/2010/08-es.html](http://www.itu.int/newsroom/press_releases/2010/08-es.html) Fecha de acceso: 06/04/2010
- (13) Fuente: “Estadística de Servicios Públicos”, INDEC, Buenos Aires, 31 de marzo de 2010. En <http://www.indec.mecon.ar/>. Acceso: 06/04/2010.
- (14) “En un año, cada persona ve unas 1500 horas de TV”, *La Nación*, 14 de agosto de 2009.
- (15) Fuente: INDEC. Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001.
- (16) GONZÁLEZ, J.: “Pantallas vemos, sociedades no sabemos”, en *Revista Comunicar* N° 30.
- (17) Más allá de la explicación errónea de este término como “falto de luz”, alumno deriva del latín *alere*, que significa alimentar, “alimentarse desde lo alto”. Entonces, refiere a un “discípulo respecto de su maestro, de la materia que está aprendiendo o de la escuela, colegio o universidad donde estudia”. Diccionario de la Real Academia Española.
- (18) GARCÍA CANCLINI, N.: “Libros, pantallas y audiencias ¿qué está cambiando?”. En *Revista Comunicar* N° 30, p. 31
- (19) VIZER, E.: “Procesos sociotécnicos y mediatización en la cultura tecnológica”, en DE MORAES, p. 53.
- (20) MARTÍN-BARBERO, J.: “Estallido de los relatos y pluralización de las lecturas”, en *Revista Comunicar* N° 30, p. 19.
- (21) GIMENEZ, G.: “Materiales para una teoría de las identidades sociales”.
- (22) REGUILLO, R.: “Identidades culturales y espacio público: un mapa de los silencios”, pp. 79/80.
- (23) MARTÍN-BARBERO, J. *De los medios a las mediaciones* Págs. XVII- XXI
- (24) LLUL, J.: “Los placeres activos de expresar y comunicar”, en *Revista Comunicar* N° 30, pp. 22- 23. Más sobre esta temática fue presentado en “Los jóvenes y la telefonía celular: la personalización de la comunicación”, de mi autoría, en el X Congreso de Redcom, Universidad Católica de Salta, 2008.
- (25) OROZCO GÓMEZ, G.: “Audiencias y pantallas en América Latina”, *Revista Comunicar* N° 30, p. 10.
- (26) MARTÍN-BARBERO, J. *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*.

(27) MARTÍN-BARBERO, J. en *Revista Comunicar* N° 30, p 17. En el original, no se refiere a los "docentes" sino a los "intelectuales". Estas reflexiones, también nos invitan a pensar, en la línea presentada por Scolari o Jensen y Rosengren, acerca de la redefinición de conceptos, temas, métodos, agendas y especializaciones de la comunicación de este nuevo milenio.

## Bibliografía

AAVV (2008): Audiencias y pantallas en América Latina, en *Revista Comunicar*, N° 30, España.

CARUSO, M. y DUSSEL, I. (1995) *De Sarmiento a los Simpsons*. Buenos Aires, Kapeluzs.

CASTELLS, M. (2007): "Estudiar ¿para qué?", *La Vanguardia*, España, 24 de noviembre. Disponible online.

DE MORAES, D. (2007) (coord.) *Sociedad mediatizada*, Barcelona, Gedisa.

GIMENEZ, G. (1997) "Materiales para una teoría de las identidades sociales". En: *Frontera Norte* # 18. julio-diciembre. México. Colegio de la Frontera Norte. Págs. 9-28.

HUERGO, J. y FERNÁNDEZ M. B. (1997) *Comunicación/Educación. Ámbitos, prácticas y perspectivas*, La Plata, Ed. de Periodismo y Comunicación.

JENSEN, K. y ROSENGREN, K. (1997). "Cinco tradiciones en busca del público", en

MARTÍN-BARBERO, J. (1997). *De los medios a las mediaciones*, Bogotá, Convenio Andrés Bello.

MARTÍN-BABERO, J. (2002) *La educación desde la comunicación*. Buenos Aires, Norma.

MARTÍN-BARBERO, J. (2004). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*; Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

MARTIN M. V. (2008). "Acerca de las identidades juveniles y la cuarta pantalla", *Question*, Vol. XVII, Verano. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. En <http://www.perio.unlp.edu.ar/question/>

Mata, M.C. (1999) "De la cultura masiva a la cultura mediática", *mimeo*.

OROZCO, Guillermo (2001) *Televisión, audiencias y educación*. Buenos Aires, Norma.

PEREZ GOMEZ, A. (1997): "El valor de la educación en el diálogo cultural. El legado de Lawrence Stenhouse" en STENHOUSE, L: *Cultura y educación*, Sevilla, MCEP.

REGUILLO, R. (2000). "Identidades culturales y espacio público: un mapa de los silencios", *Diálogos de la Comunicación*, N° 59-60. Lima, FELAFACS. Pág. 79/80.

SCOLARI, C. (2008). *Hipermediaciones. Elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva*. Barcelona, Gedisa.

VILLANUEVA MANSILLA, E.: (2005) *Comunicación interpersonal en la era digital*, Bogotá, Norma.

## MARÍA VICTORIA MARTIN

Licenciada y Profesora en Comunicación, Magíster en PLANGESCO y Doctoranda (Universidad Nacional de La Plata). Profesor-investigador en la Universidad Nacional de Quilmes y de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP). Capacitadora en problemáticas referidas a identidades juveniles contemporáneas, del Ministerio de Educación de la Nación y el BID (2005-2007). Becaria de investigación (UNLP- 2000/2006).